

E° 1,20
DICIEMBRE.
de 1965
71

arauco

N.º 71 65

DICIEMBRE

**nueva izquierda se agita en
estados unidos**

gregorio selser

**poder y gorilismo en el
altiplano**

josé maría c.

**eje militar brasil-argentina
y subimperialismo**

ruy mauro marini

**una carta desde la sierra
peruana**

adolfo gilly

**la universidad española
entra en acción**

enrique tierno g.

ARAUCO



PLA

PRENSA LATINOAMERICANA S. A.

el eje militar brasil-argentina y el subimperialismo

Las relaciones entre los dos países más poderosos del cono sur del continente, Argentina y Brasil, se han mantenido siempre en un plano de hostilidad y de desconfianza, habiendo llegado, en el pasado, por más de una vez, a la confrontación directa en términos militares. Sin embargo, siempre que pretendieron sacudir a la tutela extranjera que pesa sobre su vida política y económica y aspiraron a marchar por un camino más fiel a sus intereses nacionales, esos dos países vieron forzados a reconocer la insignificancia de sus diferencias y tendieron a establecer una alianza. Para citar ejemplos más recientes, y dejando de lado al intento de constituir el bloque ABC (integrado por Argentina, Brasil y Chile), en un momento en que los conflictos interimperialistas permitían una cierta libertad de maniobra a los países latinoamericanos, nos basta con mencionar las tentativas de formación de un eje brasileño-argentino que se verificaron en los años 1953 y 1961.

Asistimos, en este momento, una vez más a la tentativa de formación de un tal eje. Sin embargo, y a diferencia de lo que sucedió en el pasado, esa tentativa no encuentra, para concretarse, mayor obstáculo por parte de los Estados Unidos, sino que, al contrario, además de su beneplácito, tiende a incluir a ese país en su formulación. De otra parte, si esta vez la oposición norteamericana no se hace sentir, son los países latinoamericanos, sobre todo países pequeños como el Uruguay, quienes ven con intranquilidad esa naciente amistad.

Aclarar las razones por las cuales se resucita entre Brasil y Argentina la vieja política de alianza, y las características nuevas que esa tentativa presenta, es el objeto de este trabajo. Así como estimar sus repercusiones sobre la política interna de esos dos países y, en plan más general, sobre la política latinoamericana.

1. VARGAS Y PERON En 1953, mientras Argentina encontraba base bajo la dirección de Perón, en Brasil el ex dictador Getulio Vargas, derrocado en 1945, estaba de nuevo instalado en el poder, gracias a la victoria que obtuviera en los comicios de 1950. Es cuando la burguesía brasileña, apoyándose en el prestigio de masas del ex dictador, y necesitando crear nuevos cuadros para la expansión industrial, intenta forzar una revisión

del compromiso político que mantenía, desde 1937, con las antiguas clases latifundistas y compradoras, así como con el capital extranjero.

Uno de los factores que permitieron, entonces, a la derecha, aliada al imperialismo, evitar que se constituyera un frente popular obrero-burgués, bajo la dirección de Vargas, fue justamente la aproximación que éste buscó con el régimen de Perón, a fin de neutralizar la fuerte presión que los Estados Unidos, deseosos de abrir nuevo campo para sus inversiones ejercían sobre el Brasil. Acusando al entonces ministro del Trabajo, Joao Goulart, de pretender implantar en Brasil una "república sindicalista" de tipo peronista, la derecha logró dimitirlo e impidió así que se hiciera efectiva la movilización sindical iniciada por Goulart para respaldar a la política de Vargas. Este quedó, pues, aislado, sin sostén popular, y no encontró otra salida, al agravarse, el año siguiente, la crisis política, sino suicidarse, de un tiro en el corazón.

La victoria de la derecha obligó a la burguesía a buscar otra forma de contornar los puntos de estrangulamiento que obstaculizaban el desarrollo económico brasileño. Renunció, así, a la política de nacionalizaciones, de concentración selectiva de las inversiones públicas en los sectores básicos y de estimulación del consumo interno por medio de la elevación de los salarios, que intentara practicar con Vargas, y que exigía la desapropiación previa de los recursos en manos de las viejas clases vinculadas a la economía de exportación, además de limitar el campo de acción del capital extranjero. En sustitución a esa política, adoptó la burguesía la de abrir ampliamente las puertas de la economía nacional al capital extranjero, lo que, aportándole divisas, ampliaba la capacidad para importar los equipos y materias primas necesarias a la industrialización, al mismo tiempo que complementaba el ahorro nacional, impulsando el crecimiento de la tasa de inversiones y, asimismo, el de la expansión industrial.

Esa política inmediatista significaba que, en su afán de abrir nuevos caminos al desarrollo, la burguesía abandonaba sus pretensiones nacionalistas y progresistas y aceptaba el precio que la derecha le imponía; la desnacionalización de la economía brasileña, juntamente con la manutención de las viejas estructuras.

2. QUADROS Y FRONDIZI En 1961, tras el período de gobierno de Juscelino Kubitschek, que se tradujo en fuerte progreso industrial, sube al poder Janio Quadros, candidato de la gran burguesía de Sao Paulo, que lograra reunir en los comicios las preferencias de la derecha y de amplios sectores populares, principalmente de clase media. Agotado el impulso expansionista de la economía, que las prácticas desnacionalizantes iniciadas en 1955 habían permitido, la burguesía planteará de nuevo, con Quadros, y de manera mucho más explícita, la revisión del marco en que se había procesado el desarrollo brasileño después de los años 30. La deterioración del sector externo, mucho más sen-

sible que en los años 1953-54, lleva a que el énfasis principal sea puesto en la política internacional. Además de llamar al país a reformar sus estructuras internas, sobre todo a través de una reforma agraria, Quadros marchará hacia la realización de una política externa independiente, cuyo objetivo es ampliar las posibilidades comerciales del Brasil, diversificar sus fuentes de suministro en materias primas, créditos y equipos, y abrir camino a la exportación de productos manufacturados en Africa y Latinoamérica.

Es el momento en que la Revolución cubana subvierte los cauces tradicionales de la política interamericana e impone la revisión del esquema de relaciones con los Estados Unidos. A raíz del intento fracasado de invasión de Cuba, en abril, Quadros piensa en la creación de un bloque en Sudamérica capaz de servir de contrapeso a la influencia norteamericana y ofrecer, así, al Brasil, mejores condiciones para entablar las negociaciones sobre la revisión de la política interamericana, que tendrán lugar en agosto, en Punta del Este. Argentina encuéntrase, entonces, bajo la presidencia de un Arturo Frondizi que no ha logrado encontrar la manera de aplicar el programa de centro izquierda, que presentó en su campaña electoral, y que sufre, al contrario, la presión implacable de las compañías norteamericanas, sobre todo del petróleo. Un acuerdo conviene, pues, a ambos países. Y es lo que se intenta, en la conferencia realizada de sorpresa, y casi en secreto, entre Quadros y Frondizi, en Urugualana, en la frontera brasileño-argentina, en el mismo mes de abril.

Lo mismo que en 1953, cuando las condiciones políticas brasileñas permitieron a los Estados Unidos concentrar el fuego contra Vargas, para, después de lograr su caída, ocuparse de Perón, la situación existente en 1961 hace que sea el Brasil quien se vea puesto en la primera línea de los ataques imperialistas. Tras el fracaso de su tentativa para imponer condiciones en la conferencia interamericana de Punta del Este, que consagró el programa de la Alianza para el Progreso (fracaso que lo induce, en un momento de rabia, a condecorar al ministro cubano Ernesto Guevara), y bajo la presión de la derecha y de los militares, Quadros renuncia a la presidencia. Siete meses después, las fuerzas armadas argentinas derrocan del poder a Arturo Frondizi.

3. LA DISYUNTIVA BRASILEÑA DE 1963 Apesar de la iniciativa golpista de los tres ministros militares de Quadros, la Derecha brasileña y el imperialismo no logran imponer al país, como en Argentina, un gobierno militar. El logro parcial que representa la toma de posesión del vicepresidente Goulart en la jefatura máxima, pero en el marco del régimen parlamentario, que resulta de ese intento frustrado, no es suficiente para que se modifiquen las condiciones internas de equilibrio que habían posibilitado a Quadros el ejercicio de su política externa. La prueba de eso es que, en los puestos más significativos de la diplomacia brasileña, la cancillería y la jefatura de la misión en la

ONU (ocupadas, al tiempo de Quadros, por Alfonso Arinos y Santiago Dantas, respectivamente), no se produce más que un canje: Arinos pasa al frente de la misión en la ONU y Dantas ocupa la cancillería.

Renente a la realidad que la doble caída de Quadros y de Frondizi expresaba, el nuevo canciller intenta restablecer el eje brasileño-argentino, en el viaje que realiza, en 1962, a Buenos Aires. No encontrando cualquier receptividad por parte del gobierno del presidente Guido, Dantas se ve forzado a buscar otros aliados en el continente. Data de entonces la tentativa de aproximación con México y Chile, concretada en los viajes que realiza a esos países el presidente Joao Goulart. Los resultados no son empero satisfactorios, sobre todo en Chile, y no hay, además, para el Brasil, posibilidad de compensar la insustituible alianza con Argentina a través de tal expediente.

De otra parte, los problemas internos brasileños, agravados ahora por el estancamiento a que se viera al final conducida la economía, no ofrecen al gobierno la estabilidad necesaria para lanzarse a una política internacional más agresiva. A raíz de su tentativa, finalmente victoriosa, para recuperar la integridad de los poderes presidenciales, Goulart revive en la política nacional el frente único obrero-burgués de inspiración varguista. El restablecimiento del régimen presidencial, en enero de 1963, lo pondrá, sin embargo, frente a una disyuntiva insuperable: al mismo tiempo que necesita del apoyo popular para concretar las reformas estructurales y la política externa reclamadas por la burguesía, Goulart es impulsado por esa misma burguesía a una política económica antipopular, que pretende ensayar la aceleración de la presión inflacionaria contentiendo las reivindicaciones salariales de las masas. La imposibilidad de solucionar una tal contradicción lleva al gobierno al inmovilismo, mientras avanza la crisis económica y se agudiza la lucha de clases.

Es esa agudización de la lucha de clases y la necesidad de encontrar una salida cualquiera para la crisis (que merma su tasa de beneficios) lo que provoca una dislocación en la posición de la burguesía, alejándola de las masas y acercándola a sus viejos aliados: las clases latifundista y mercantil, así como los grupos extranjeros. Goulart, que perdía ya la confianza popular en virtud de su política económica, se ve, al producirse tal alteración en el equilibrio de fuerzas, en el vacío. Sabiendo que su fuerza política deriva exclusivamente de la importancia que su prestigio junto a las masas le confiere a los ojos de la burguesía, intenta reunir las fuerzas populares bajo su mando y forzar así a la burguesía a reaceptar su liderazgo.

Mas la maniobra, que revelóse eficaz cuando su campaña para restablecer el presidencialismo, ya no puede dar resultados, frente a la extrema radicalización de la lucha de clases. Conscientes de que Goulart ya no representa nada más, y que el poder está vago, los jefes militares deciden ocuparlo, el 1º de abril de 1964.

4. LA EMERGENCIA DEL SUBIMPERIALISMO BRASILEÑO

El gobierno militar que se implanta a raíz de la caída de Goulart, aunque conservando las apariencias formales de la democracia parlamentaria, es de hecho una dictadura. Corresponde a una doble necesidad: la que experimenta el imperialismo norteamericano de imponer a los países del continente lo que se llama, en la jerga del Pentágono, "gobiernos de estado mayor", que garanticen la sumisión de esos países a los intereses económicos y políticos de los Estados Unidos; y a la necesidad que tiene la burguesía brasileña de un gobierno fuerte, capaz de frenar, en esta fase de depresión, la lucha sindical (y mantener, así, estable, por la fuerza, su tasa de beneficios) y de abrir nuevas perspectivas al capitalismo nacional, puesto, desde 1961, en un callejón sin salida.

Además de la dura política de contención de salarios y de represión del movimiento de masas, que no nos interesa de inmediato, la dictadura militar de Castelo Branco atiende a esas necesidades poniendo en práctica un programa de integración de la economía brasileña a la economía norteamericana, que se sirva de los instrumentos normales de una política económica: política tributaria y crediticia, manipulaciones arancelarias, procedimientos cambiarios, favores e incentivos al capital extranjero. Intenta, también, reformas de estructura (agraria, bancaria, reorganización del mercado de capitales), que las condiciones políticas y económicas no permiten empero aplicar íntegramente, o que tienen que esperar un plazo relativamente largo para fructificar.

La política de integración económica al imperialismo complementase con la actual política externa brasileña, basada en la doctrina de la interdependencia continental o de las fronteras ideológicas, que tiende a despreciar los principios de autodeterminación y de no intervención que informaban la diplomacia practicada por Quadros y Goulart. Trátase, en una palabra, de sustituir el concepto de soberanía nacional por el de seguridad continental. Esa posición, que armoniza la diplomacia brasileña con las directrices del Departamento de Estado norteamericano, atiende también a los intereses de la misma burguesía brasileña.

En efecto, la crisis económica y la revigorización de su alianza con las clases latifundista y mercantil, que implicó el cuartelazo de 1964, impiden a la burguesía realizar las reformas radicales de estructura (sobre todo la agraria) necesarias para superar el estrangulamiento a que se vio conducida la industrialización brasileña. Por otra parte, su política de integración al imperialismo no implica sólo mantener la estructura colonial de las relaciones comerciales que el Brasil mantiene con el exterior y la bomba de succión que representa la evasión de capitales promovida por las compañías extranjeras, bajo la forma de remesa de beneficios, pago de royalties y asistencia técnica, etc. Esa política implica también aumentar la producción industrial brasileña, por el crecimiento de la productividad que las nuevas inversiones norteamericanas (realizadas, por lo general, a través del ingreso de equipos ya obsoletos en los Estados

Unidos, pero mucho más avanzados, tecnológicamente, que los existentes en Brasil) deben acarrear.

Esa contradicción entre un mercado interno cuyas limitaciones no puede superar, y una producción industrial que debe necesariamente crecer, impulsa a la burguesía brasileña a aspirar a la conquista de mercados exteriores ya formados, como los de Uruguay, Bolivia y otros países latinoamericanos. Una tal expansión sólo es posible, sin embargo, si se realiza en colaboración con los monopolios norteamericanos que ya han repartido esos mercados. Para ello, la burguesía brasileña ofrece sociedad a tales monopolios en el proceso mismo de producción en Brasil.

Hay así estrecha complementación entre las necesidades actuales de la burguesía brasileña y las de los trusts norteamericanos, lo que explica la correspondencia existente entre la doctrina Johnson para Latinoamérica y la doctrina brasileña de la interdependencia.

5. EL NUEVO EJE ARGENTINA-BRASIL Es evidente que una tal política no podría ser concretada por los Estados Unidos y por el Brasil sin tomar en consideración los intereses de otra burguesía latinoamericana tan poderosa como la brasileña, puesto que controla el segundo parque industrial del cono sur: la burguesía argentina. Tanto más que esa burguesía aceptó hace mucho la política de integración impuesta por los Estados Unidos y traducida en los procedimientos económicos elaborados y controlados por el Fondo Monetario Internacional, que allí se aplican desde la caída de Perón. El miedo de quedarse rezagada en la corrida expansionista que inicia el Brasil fuerza, a su vez, a la burguesía argentina a pedir su cuota-parte en esa sociedad.

Hay que considerar, además, que, a los ojos de los militares de Argentina, las fuerzas armadas de Brasil realizan el ideal al que han aspirado durante años y cuya concreción se ha visto siempre frustrada: dirigir, sin mediación, y en colaboración con el estado mayor norteamericano, la vida política del país, en la calidad de árbitro y garante de las clases dominantes. Es natural, así, que los militares argentinos hayan no solamente buscado una aproximación con sus colegas brasileños, sino que, reforzados por tal aproximación, vuelvan a reivindicar en su país el papel dirigente que las circunstancias los obligaron a compartir con civiles. Lo hacen con tanto más confianza cuanto saben que la burguesía argentina necesita de las condiciones políticas especiales que la brasileña logró crear, si verdaderamente pretende acompañar a ésta en su aventura.

En efecto, la política expansionista de la burguesía brasileña ha sido precedida de una violenta represión del movimiento de masas y de la reducción drástica de su nivel de vida, en virtud de las dos exigencias básicas que plantea el subimperialismo: la obtención de bajos costos de producción, capaces de garantizar una posición competitiva en el mercado internacional, y la formación de un sobre-lucro, destinado a alimentar las ganancias del socio mayor norteamericano. En Argentina, el grado superior de organización del mo-

vimiento obrero, al mismo tiempo que dificulta la implantación de una dictadura militar, la hace aún más necesaria que en Brasil, a fin de que la burguesía argentina pueda crear las condiciones económicas que le permitan sostener su posición en la sociedad subimperialista con aquel país. Es la razón por la cual el pacto militar entre los dos países desencadena un proceso cuya primera consecuencia amenaza con ser la supresión de las libertades democráticas en la misma Argentina.

6. INTEGRACION Y REVOLUCION Hecha posible gracias al golpe dado a la democracia brasileña, la política de integración al imperialismo, en su actual etapa de expansión subimperialista, tiende a crear ella misma una nueva ola de represión, que empieza por el estrangulamiento de la libertad en los países interesados en tal expansión y concluye por aquellos a que ésta se dirige, es decir, a las naciones convertidas en objeto de codicia de las grandes burguesías continentales. Es lo que explica el afán con que la cancillería de Brasil busca explotar todos los motivos (desde la presencia de exilados brasileños hasta la crisis económica que allí se verifica) para forzar un golpe de Estado en Uruguay, país que se perfila en la primera línea de las pretensiones brasileñas. Y es lo que justifica la aprehensión de países como el Uruguay y aquéllos en que tiende a expresarse la integración imperialista, en su nueva fase iniciada con el golpe militar brasileño. Los acontecimientos de Brasil y sus repercusiones sobre Argentina muestran, en efecto, que esa integración, en su etapa actual, implica la ruptura total del diálogo entre la burguesía y las masas y conduce a la implantación de un verdadero estado de guerra civil (estado del cual la dictadura brasileña es la expresión). En los países amenazados por el expansionismo subimperialista, el proceso tiende a repetirse, puesto que, para asegurar la mantención de sus privilegios, las clases dominantes locales tendrán que, asociándose a las embestida externa, pagar el mismo precio. La consecuencia es que eso no lleva tan sólo a agudizar la lucha de las masas en cada país: lleva también, en virtud de la "interdependencia continental" establecida entre las clases dominantes latinoamericanas, a que cada golpe que ellas reciban haga estremecer la estructura de dominación en todo el continente.

La radicalización de la lucha de clases en cada país y el refuerzo de la solidaridad de los pueblos latinoamericanos son, pues, el otro lado de la medalla que la política de integración imperialista está obligada a acuñar. En último término, eso corresponde a conferir una dimensión continental a todo movimiento popular localizado, es decir a crear el marco de la primera revolución verdaderamente internacional de que hay noticia. Las alternativas del desarrollo de esos dos polos —integración y revolución— alimentándose mutuamente, darán en adelante forma y contenido a la nueva fase del proceso latinoamericano en que hemos ingresado.